

LOS MEDICI



Miguel, Rodrigo

Los Medici : de mercaderes a reyes / Rodrigo Miguel. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2025.

240 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1672-2

1. Historia. 2. Biografías. I. Título.

CDD 920

Los Medici. De mercaderes a reyes

© Rodrigo Miguel, 2025

Derechos mundiales exclusivos de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2025

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200

editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Camila D'Angelo

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Estudio Cremona

Armado de interior: Isabel Barutti

1ª edición: octubre de 2025

ISBN: 978-950-02-1672-2

Impreso en Arcángel Maggio –

División Libros, Lafayette 1695,

Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en octubre de 2025.

Tirada: 3.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que
establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

RODRIGO MIGUEL

LOS
ME
DI
CI

DE MERCADERES
A REYES



 *Editorial El Ateneo*





A mis hijos,

María de los Milagros Miguel,

Bautista María Miguel,

María Josefina Miguel,

María de la Trinidad Miguel.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
---------------------------	----

CAPÍTULO 1. GIOVANNI DE MEDICI Y

LA TRINIDAD DE MASACCIO (1360-1429)	15
--	----

Una línea hacia la eternidad.....	15
-----------------------------------	----

El artista y sus mecenas.....	18
-------------------------------	----

Escenas de la vida florentina.....	19
------------------------------------	----

Nace un patriarca.....	25
------------------------	----

El banquero y su Dios.....	30
----------------------------	----

CAPÍTULO 2. COSIMO DE MEDICI Y LA CÚPULA

DE BRUNELLESCHI (1389-1434)	37
--	----

En busca de la gloria.....	37
----------------------------	----

Una mente brillante.....	41
--------------------------	----

El heredero justo.....	46
------------------------	----

Ascenso y caída.....	52
----------------------	----

Exilio y redención.....	56
-------------------------	----

CAPÍTULO 3. COSIMO DE MEDICI Y

EL DAVID DE DONATELLO (1435-1464)	63
El hombre del Renacimiento, en el centro del universo	63
Un rey invisible y sus nobles caballeros humanistas.....	68
Encuentro de dos mundos a orillas del Arno	74
La sucesión y la paz	77
La muerte llama dos veces	81

CAPÍTULO 4. PIERO DE MEDICI Y LA ADORACIÓN

DE LOS MAGOS DE BOTTICELLI (1464-1469)	85
La temprana consagración de un joven prodigio	85
Apoteosis de una familia florentina.....	90
Claroscuros de un sucesor bajo presión	93
Dos teorías posibles para un resultado aplastante.....	99

CAPÍTULO 5. LORENZO DE MEDICI Y

EL CADÁVER DE BARONCELLI AHORCADO

DE DA VINCI (1469-1478)	109
El punto final del brutal complot contra los Medici, según el gran genio Leonardo da Vinci.....	109
Génesis del primer príncipe florentino.....	112
Causas y efectos de un ego <i>in crescendo</i>	117
El fin de la inocencia.....	124

CAPÍTULO 6. LORENZO DE MEDICI Y LOS JARDINES

DE SAN MARCOS (1478-1492)	133
Un oasis de inspiración y serenidad para Miguel Ángel.....	133
Crisis, expiación y retorno.....	137
El tirano favorito	141

Las dos caras del dinero	146
El último golpe.....	152

**CAPÍTULO 7. PIERO DI LORENZO DE MEDICI,
GIROLAMO SAVONAROLA Y EL DAVID DE**

MIGUEL ÁNGEL (1492-1495)	159
Un grito de libertad tallado en piedra con talento magistral	159
El fraile, el desafortunado y el rey.....	162
Fin de fiesta	166
Entre fuegos	171
Las dos caras del gigante	177

CAPÍTULO 8. GIOVANNI DE MEDICI (LEÓN X)

Y LA BASÍLICA DE SAN PEDRO (1495-1521).....	179
Una ambición de oro y mármol que fracturó a la Iglesia.....	179
El precio del poder	183
Dinastía en jaque.....	187
No todo lo que brilla es oro.....	191
<i>Mors subita</i>	196

**CAPÍTULO 9. GIULIO DE MEDICI (CLEMENTE VII),
CATERINA Y EL PRÍNCIPE DE MAQUIAVELO**

(1521-1534)	203
Un lúcido manual del poder nacido del desencanto.....	203
La sucesión.....	206
Roma en llamas	210
El último aliento de una república exhausta.....	215
Dinastía recargada.....	219

EPÍLOGO	225
Lo que vino después.....	225
El imperio invisible.....	226
BIBLIOGRAFÍA	229
SOBRE EL AUTOR	237





INTRODUCCIÓN

En 1486, Giovanni Pico della Mirandola —uno de los principales filósofos humanistas y precursor del pensamiento moderno— publicó una obra que se convertiría en una proclama esencial del espíritu renacentista: *Oratio de hominis dignitate* (*Discurso sobre la dignidad del hombre*). En sus páginas, dejó una frase que condensa la esencia del Renacimiento: “A ti, oh hombre, no te hemos dado una forma determinada, ni un lugar propio, ni una función particular, para que tú mismo, según tu deseo y juicio, te formes, te plasmes y te esculpas a ti mismo”.

Gran parte de la familia Medici, consciente o no, pareció encarnar este llamado a la autodeterminación. Como si hubieran absorbido también aquella otra sentencia del mismo texto —“No estamos prisioneros de nuestro destino, sino que somos creadores de nuestro propio destino”—, forjaron, generación tras generación, una de las sagas más influyentes, complejas y visionarias que Occidente haya conocido. Supieron leer los signos de su tiempo, en pleno auge del Renacimiento: un movimiento que, aunque artístico y cultural en su superficie, revolucionó la política, la ciencia, las ideas y la noción misma de humanidad.

Este libro nace del entusiasmo que provoca su legado, pero también de la dificultad que impone cualquier intento de abarcarlo. El primer

gran desafío fue recortar un tramo de historia, principalmente desde 1360 hasta 1534, y seleccionar a aquellos miembros de la familia que mejor expresan su evolución, sus contradicciones, su ambición y su trascendencia. Se trata de un recorrido selectivo, sí, pero profundamente revelador.

Los Medici no fueron solo banqueros, duques, príncipes, reyes o papas. Fueron arquitectos de una visión que supo combinar poder y belleza, cálculo político y sensibilidad artística, mecenazgo e influencia. Mientras otros concentraban su esfuerzo en forjar ejércitos o ampliar territorios, ellos apostaron a una forma de poder más duradera: el que se construye a través de las ideas, del arte y del prestigio cultural. Y si bien contaron con la fortuna de convivir con genios como Miguel Ángel, Leonardo, Botticelli o Brunelleschi, tuvieron también la clarividencia de reconocerlos, protegerlos y darles alas.

Hoy es imposible caminar por Florencia sin sentir la presencia latente de esta dinastía. En cada piedra, en cada cúpula, en cada palacio, vibra una historia de audacia, refinamiento y visión de futuro. No se trató solo de riqueza o ambición: muchas familias amasaron fortunas en ese tiempo, pero casi ninguna alcanzó la dimensión simbólica y cultural de los Medici.

Este libro propone, entonces, un viaje de más de 170 años. Un recorrido narrativo y reflexivo por la vida de figuras clave de la familia Medici, en diálogo con obras artísticas, arquitectónicas y literarias que marcaron su tiempo. Porque comprender su historia es también comprender el modo en que la familia medicea transformó el arte en un mecanismo de poder y el poder en un sofisticado y preciso arte.

Al final de este trayecto no encontraremos una familia perfecta, sino un espejo: uno que refleja la complejidad del ser humano, sus aspiraciones más elevadas y sus sombras inevitables. Y tal vez, también,

una invitación a esculpir nuestro propio destino —como propuso Pico della Mirandola— con algo del coraje que ellos supieron tener. Esta es la historia de una dinastía que se hizo poderosa por la banca e inmortal por el arte.





CAPÍTULO 1

GIOVANNI DE MEDICI Y LA *TRINIDAD* DE MASACCIO

1360-1429

UNA LÍNEA HACIA LA ETERNIDAD

Un solo Dios en tres personas distintas, todas ellas coeternas, coiguales y consustanciales: Padre, Hijo y Espíritu Santo. La Santísima Trinidad es el dogma cristiano central que explica la naturaleza divina y un pilar fundacional de la Iglesia católica apostólica romana: a lo largo de toda su historia, ha invitado a sus seguidores a abrazarla como un “misterio de la fe”. Este carácter “misterioso” empujó a que varios artistas de todas las épocas, pero muy especialmente a lo largo de la Edad Media y el Renacimiento (siglo v a xvii), intentaran representar este dogma.

Durante más de un milenio, el arte cristiano desempeñó un papel vital como medio de comunicación de los preceptos de la Iglesia para una población dispersa a lo ancho del mundo conocido, mayoritariamente analfabeta. El poder de la iconografía cristiana plasmada en pinturas, murales, frescos, mosaicos y esculturas fue absoluto: estas obras de arte

no solo embellecían los espacios sagrados, como catedrales y basílicas, sino que también transmitían mensajes espirituales y doctrinales.

En el caso de la Santísima Trinidad, la búsqueda de su representación visual abarcó varios siglos de ensayo y experimentación. La *Trinidad* de Masaccio es posiblemente una de sus expresiones pictóricas más sobresalientes y, sin dudas, constituye una de las obras más importantes del Renacimiento, considerada además una de las obras fundacionales de la pintura de la Edad Moderna.

Cuando entramos en Santa María Novella, una iglesia dominica en la ciudad de Florencia, Italia, lo primero que nos llama la atención es este fresco de casi seis metros de alto por más de tres metros de ancho, realizado por el artista italiano Masaccio, entre 1426 y 1428. En el centro de la pintura, Jesucristo semidesnudo y crucificado inclina su cabeza hacia abajo, con los párpados cerrados. No es una representación excesivamente dramática del “cordero de Dios” (no hay, por ejemplo, rastros de sangre ni heridas), sino que más bien transmite una solemne serenidad. Por detrás de él, sosteniendo el crucifijo con sus propias manos, se ubica Dios Padre. A la altura de su cuello, vuela una paloma blanca; se trata del Espíritu Santo.

A los pies de Jesús crucificado, lo acompañan, a la izquierda, su madre María y, a la derecha, su primo san Juan Evangelista. Otros dos personajes completan la escena, arrodillados y orando: son el mecenas que encargó la obra —Berto di Bartolomeo del Banderaio (Corda, 2018)— y su esposa.

Así y todo, el “personaje” más llamativo en la *Trinidad* de Masaccio es el esqueleto que, acostado en su sarcófago de mármol, ocupa la sección inferior. Este *memento mori* (recordatorio de la muerte) incluyó una inscripción sobre el sarcófago: *Io fu' già quel che voi sete, e quel ch'i' son voi anco sarete*. No está escrito en latín, el idioma de la Iglesia, sino en italiano,

la lengua cotidiana del pueblo florentino, y significa: “Yo fui ya lo que vosotros sois, y lo que yo soy vosotros también seréis”. El sacrificio que Dios hizo por la humanidad es un mensaje de advertencia, pero también de esperanza: nuestro tiempo en la Tierra es corto, y la muerte podría llegar en cualquier momento, por eso, mientras estemos aquí, deberíamos prepararnos para nuestra salvación. Un mensaje particularmente relevante si tenemos en cuenta que la entrada a la iglesia de Santa María Novella se realizaba atravesando un cementerio enclaustrado. Así, los ciudadanos de Florencia irían a rezar a las tumbas de sus familiares difuntos para, luego, entrar a escuchar el sermón del día; en ese pasaje de un espacio a otro, les resultaría natural establecer la conexión entre la muerte de sus seres queridos y su propia mortalidad (Zucker y Harris, 2019).

Sin embargo, lo que realmente sorprendía y dejaba a más de un observador sin aliento corresponde a otra dimensión de la composición de Masaccio. Sucede que su *Trinidad* es la primera obra pictórica que se realizó según las leyes de la perspectiva lineal, cuyo descubridor/inventor fue nada menos que Filippo Brunelleschi, uno de los arquitectos más importantes de todos los tiempos. Por eso, Masaccio se convirtió en el primer pintor que logró trazar científicamente la representación de un espacio tridimensional sobre una superficie de dos dimensiones. Y, al hacerlo, conmovió a eruditos y grandes masas por igual.

Se podría decir que la otra gran presencia es el espacio: toda la escena está enmarcada por dos pilastras que sostienen un entablamento y dos semicolumnas con un arco (que bien podría entenderse como un “arco del triunfo”: el de la vida por sobre la muerte). Detrás de ese arco, hay una bóveda de medio cañón y adornada con casetones, los adornos geométricos característicos de la arquitectura clásica. Es en esta bóveda en donde Masaccio crea el principal efecto de fuga y prolongación del

espacio. Un efecto que logra hacernos creer que el fondo se proyecta más allá del muro: lo que artísticamente se llama un “trampantojo”.

La técnica de la perspectiva revolucionó la pintura, la escultura y la arquitectura desde el siglo xv, al punto que se la considera la génesis del Renacimiento. Y fue justamente en la ciudad de Florencia, cuna de grandes artistas que podían materializar su creatividad gracias al apoyo de sus mecenas, donde Brunelleschi desarrolló la perspectiva. Hay que reconocer, de todas maneras, el aporte previo del gran Giotto, quien comenzó a explorar la perspectiva a finales del siglo xiii y principios del xiv. A partir de la observación, este otro gran artista florentino dirigía líneas de fuga hacia puntos específicos en sus obras, creando así una ilusión de profundidad. Si bien no llegó a consolidar una técnica que representara el espacio tridimensional de manera objetiva en una superficie de dos dimensiones, Giotto introdujo su método a otros artistas de Florencia y Siena, y sentó las bases para el trabajo revolucionario de Brunelleschi y compañía.

Brunelleschi era amigo del escultor Donato di Niccolò di Betto Bardi (Donatello) y, años más tarde, ambos conocieron al mucho más joven Masaccio. Los tres amigos trabajaron, cada cual desde su oficio, este nuevo método de representar el mundo tridimensional. Y cada uno pasó a la eternidad por mérito propio a partir de sus magníficos aportes a las artes.

EL ARTISTA Y SUS MECENAS

Masaccio nació como Tommaso di ser Giovanni di Mone Cassai en 1401, en una antigua familia de ebanistas. Antes de cumplir los 20 años, se trasladó a la efervescente ciudad de Florencia.

Con menos de 25 años, el artista ya gozaba de una popularidad tan envidiable que, cuando murió a los 27, hubo quienes sugirieron la

posibilidad de un envenenamiento a manos de algún rival celoso. No hay evidencia que respalde estas teorías especulativas y bien podría ser que Masaccio haya contraído alguna enfermedad como malaria o tuberculosis.

Su corta pero brillante carrera fue financiada por distintos ciudadanos ilustres. Entre sus mecenas estaba nada menos que la familia Medici, ya encaminada a convertirse en una de las más ricas de Europa y en un bastión irreductible de la influencia política, religiosa y cultural de Occidente durante los siguientes cien años.

La muerte de Masaccio, en el otoño de 1428, fue pocos meses antes que la de su benefactor Giovanni di Bicci de Medici, en febrero de 1429. Fue precisamente Giovanni quien dio los primeros pasos para posicionar a su familia como una importante patrona de las artes. Por ejemplo, encargó a Brunelleschi expandir la Basílica de San Lorenzo, una de las iglesias más antiguas de Florencia, y contrató a Donatello para decorarla con sus esculturas. Y fue también Giovanni quien sentó las bases, tanto económicas como políticas, que convertirían a sus descendientes en uno de los clanes más poderosos de la historia de Occidente.

Pero ¿cómo es que un hombre reacio a hablar en público y obsesionado con cultivar un perfil bajo logró tan extraordinaria proeza? Para ensayar una respuesta, es necesario, en primer lugar, comprender en qué contexto histórico vivió el patriarca de la dinastía Medici.

ESCENAS DE LA VIDA FLORENTINA

Hijo de Averardo de Medici y Jacopa Spini, Giovanni di Bicci de Medici nació en Florencia en el año 1360, menos de una década después de la devastadora peste negra, la pandemia que se estima que provocó la muerte de entre 80 y 200 millones de personas, por lo cual se calcula

(quizás, de manera optimista) que terminó con la mitad de la población de Europa.

El origen de la familia Medici es un misterio. La leyenda cuenta que el ancestro más antiguo fue “Medico di Potrone”, nacido alrededor de 1046. Aparentemente, le dieron ese apodo debido a su habilidad milagrosa para transformar la salud de las personas. Es posible que haya sido un médico (*medici*, en italiano, significa *doctor*), aunque no hay ninguna prueba que respalde esta afirmación. Por otro lado, sí hay documentos que registran que los Medici compraron propiedades en la zona rural de Mugello, al norte de Florencia, a partir de 1260, por lo tanto, se cree que emigraron de esa región a Florencia al menos medio siglo después, motivados por las oportunidades económicas.

Entre los siglos XI y XIII, la ciudad vivió una primera era dorada (la segunda sería el Renacimiento, a fines del siglo XIV y hasta los albores del XVI). Florencia había nacido en el año 59 a. C. como un asentamiento para soldados fundado por el mismísimo Julio César, y rápidamente se perfiló como un centro neurálgico para el comercio y el intercambio de mercancías, gracias a su ubicación estratégica en la ruta principal entre Roma y el norte de Italia. Además, contaba con el fértil valle del Arno para la producción agrícola y ganadera; en particular, logró desarrollar una potente industria de la lana.

Pero quizás nada demuestra la prosperidad de la ciudad como el hecho de que haya instaurado su propia moneda, el florín de oro, en 1252. Se trató de un hito crucial para la economía de Florencia e incluso de Europa, ya que esta moneda, de oro puro, brindó estabilidad y confianza al sistema monetario, lo que, a su vez, impulsó la actividad económica en la región. La amplia aceptación internacional del florín no solo fortaleció la reputación de Florencia como un centro

comercial y financiero líder, sino que también estableció un estándar para la acuñación de monedas en todo el continente.

Por todos estos motivos, la Florencia en la que “vivió, vio y venció” Giovanni di Bicci de Medici era considerada una de las más poderosas ciudades-estado guerreras de lo que hoy llamamos Italia, con Milán y Venecia como principales rivales, si bien otras, como Pisa, Siena y Génova, también luchaban por la supremacía.

¿Qué significaba todo esto a los efectos prácticos de la vida diaria de los florentinos? ¿Cómo se veían, escuchaban y olían las calles de Florencia una mañana cualquiera? Así las describe uno de los historiadores más célebres del siglo xx, Christopher Hibbert (1975):

Era una ciudad de plazas y torres, de bulliciosas calles estrechas y retorcidas, de palacios con aspecto de fortalezas (...), de abadías y conventos, hospitales y abarrotados edificios de viviendas, todo ello rodeado por una alta muralla almenada de ladrillo y piedra, más allá de la cual se extendía el campo hacia las verdes colinas circundantes. Dentro de esa larga muralla había más de 50.000 habitantes, menos que en París, Nápoles, Venecia o Milán, pero más que en la mayoría de las otras ciudades europeas, incluida Londres (...). Las zonas más concurridas de la ciudad eran el área alrededor del puente de piedra, el Ponte Vecchio, que cruzaba el Arno en su punto más estrecho y estaba bordeado en ambos lados por carnicerías y casas; (...) y el Mercato Vecchio, la gran plaza donde una vez había estado el Foro Romano. Aquí, en el Mercato Vecchio, estaban las tiendas de los pañeros y los vendedores de ropa de segunda mano, los puestos de los pescadores, los panaderos y los comerciantes de frutas y verduras, las casas de los vendedores de plumas y de papelería, y de los fabricantes de velas donde, en habitaciones ahumadas con incienso para sofocar el olor a cera, las prostitutas entretenían a sus clientes (...).

Los pregoneros recorrían la ciudad anunciando las noticias del día y publicitando; los mendigos harapientos extendían sus cuencos de madera; los niños jugaban a los dados en los adoquines y en invierno moldeaban la nieve en forma de leones, el emblema heráldico de la ciudad. Los animales deambulaban por todas partes: perros con collares de plata; cerdos y gansos hurgando en los umbrales de las casas.

La actividad económica no solo moldeaba las calles y la vida cotidiana de Florencia, sino que también ejercía una influencia determinante en la configuración de su orden político y administrativo. A diferencia de las monarquías o el feudalismo, donde el poder político se ejercía sin restricciones ni equilibrios, esta ciudad de comerciantes y emprendedores estableció, entre la segunda mitad del siglo XIV y finales del siglo XV, un sistema de gobierno que combinó representatividad y selección por sorteo.

Así, cada dos meses, se realizaba la lotería (*tratta*) que asignaba a los titulares de los principales cargos políticos de la ciudad. Sin embargo, el sistema era claramente oligárquico, ya que el grupo de ciudadanos elegibles para la *tratta* correspondía a una parte limitada de la sociedad, seleccionada por las élites existentes: se excluía, por la ley o por la fuerza, a ambos extremos de la sociedad, la nobleza y los trabajadores ordinarios, además de dejar afuera a mujeres y esclavos.

Alrededor de un cuarto de los ciudadanos florentinos era elegible para participar de la *tratta*. Para ello, debían ser miembros registrados de alguno de los veintiún gremios de Florencia, divididos en siete mayores y catorce menores. Entre los mayores, el de más prestigio era el *Arte dei Giudici e Notai*, gremio de los abogados, y le seguían otros tres: el *Arte della Lana*, el *Arte di Por Santa María* y el *Arte di Calimala*, comerciantes de lana, seda y tela, respectivamente. Aunque igualmente adinerados, los

miembros del *Arte del Cambio*, el gremio de los banqueros, se ubicaban, en cuanto a reputación, un peldaño por debajo de los anteriores, dado que la usura era condenada por la Iglesia y, por lo tanto, su forma de generar riqueza debía ser disimulada y no estaba tan bien vista socialmente. Los últimos dos gremios mayores eran el *Arte dei Medici, Speziali e Merciai* (que incluía a médicos, boticarios y tenderos) y el *Arte dei Vaccai e Pellicciai* (conformado por comerciantes y artesanos de pieles de animales).

Entre los catorce gremios menores, se encontraban los de sastres, armeros, panaderos, carniceros, curtidores, herreros, cocineros, albañiles, carpinteros, vinateros y posaderos. Quienes se dedicaban a oficios considerados más humildes (como tejedores, hilanderos y tintoreros, carreteros y barqueros, vendedores ambulantes y jornaleros) se ubicaban todavía más abajo en la escala social; a ellos, no se les permitía formar sus propias agrupaciones.

De ahí que el gobierno solo pudiera estar integrado por esa privilegiada y minoritaria población florentina inscrita en alguno de los veintiún gremios establecidos. De ese ya reducido grupo, eran descartados aquellos que tenían deudas, los que habían cumplido un mandato reciente o quienes estaban relacionados con personas cuyos nombres ya habían sido seleccionados. Los elegidos se convertían, durante dos meses, en *priori*, y el gobierno que constituían era conocido como la *signoria*. Nunca había más de nueve hombres en la *signoria*, seis de ellos representando a los gremios mayores, y dos, a los gremios menores; el noveno se convertía en *gonfaloniere*, jefe supremo de la milicia y encargado de portar el estandarte (*gonfalone*) de la ciudad en tiempos de guerra.

Sobre esta particular forma de gobierno de la República de Florencia, Hibbert (1975) advierte:

Los florentinos estaban tan extraordinariamente orgullosos de este sistema sostenido por ellos como una garantía de su tan aclamada libertad que estaban siempre listos para compararlo favorablemente con las formas de gobierno que se encontraban en otros Estados italianos menos afortunados. Venecia, es cierto, también era una república, pero era una república en la que varias familias nobles desempeñaban un papel en el gobierno, lo que habría sido imposible bajo la constitución de Florencia. El gran rival de Florencia, Milán, estaba bajo el firme gobierno de un duque tiránico, Filippo Maria Visconti, mientras que los reinos de Nápoles y Sicilia estaban siendo desgarrados por las casas rivales de los Anjou y los Aragón. En comparación con estos otros Estados, Florencia ciertamente parecía afortunada de disfrutar de un gobierno tan estable y democrático. Pero, en la práctica, el gobierno no era democrático en absoluto. No solo se excluía con éxito a los trabajadores ordinarios, el popolo minuto, de él; no solo se les negaba la representación en los consejos de la República a los nobles, los grandi, de manera similar; sino que todo el proceso de elección para esos consejos estaba controlado por algunas de las familias comerciantes más ricas, que se las arreglaban para asegurarse de que solo los nombres de los partidarios confiables encontraran su camino (...). De hecho, era un gobierno llevado principalmente por los ricos y casi exclusivamente según sus intereses.

De ahí que, si bien los mandatos de corto plazo y la selección aleatoria de los asientos gubernamentales se habían establecido para limitar la concentración política en manos de unas pocas familias, en la práctica, las más poderosas de la ciudad influían en la *tratta* mediante diferentes artilugios. La rivalidad entre las casas aristocráticas florentinas más prominentes, como las de los Albizzi, los Strozzi y los Pazzi, a las que más

tarde se sumaron los Medici, era feroz. Claro que no solo competían en términos políticos, sino que la contienda también se extendía a las esferas económica y cultural: eran constantes las disputas por el control de los recursos económicos clave, como el comercio y la banca, así como por el mecenazgo de artistas y académicos destacados.

Las tensiones entre estos clanes se reflejaban en conflictos internos, alianzas cambiantes y conspiraciones, que a menudo desencadenaban periodos de inestabilidad y conflicto en la ciudad, pero también contribuyeron a dar forma al carácter único y dinámico de Florencia. En este contexto, los Medici supieron urdir sus estrategias como ninguna otra familia para lograr una acumulación de riqueza y una captura institucional sin precedentes.

NACE UN PATRIARCA

La gesta de los Medici como banqueros y mecenas del Renacimiento es tan monumental que rara vez se recuerda que, incluso antes del ascenso de Giovanni, la familia ya había gozado de cierta prosperidad y consideración en la sociedad florentina. No obstante, su nacimiento coincidió con un periodo de notable declive económico para la familia.

Sumado a esto, cuando Giovanni tenía 18 años, un primo lejano suyo, Salvestro de Medici (1331-1388), se convirtió en uno de los instigadores principales de la llamada “revolución de los *ciompi*”, de 1378, por la cual la clase más baja de los trabajadores de la lana tomó las armas para protestar por los salarios paupérrimos que cobraba. “¡Abajo los traidores que nos permiten morir de hambre!” fue la consigna con la que saquearon las casas de quienes consideraban culpables de su infortunio y, al grito de “¡Viva el pueblo y los gremios!”, exigieron el derecho a formar nuevos sindicatos que velaran por su bienestar.

A pesar de su potente comienzo, los *ciompi* (llamados así por los característicos zuecos que usaban en las lavanderías) sucumbieron a los pocos meses tras los embates de otros sectores populares que no se sintieron representados y la astucia de sus empleadores, quienes, ávidos de restaurar el *statu quo*, pusieron todos sus recursos económicos a disposición para debilitarlos. Pocos meses después, Salvestro de Medici, entre otros cabecillas de la revuelta, fue desterrado.

Años más tarde, Giovanni, hombre mucho más prudente que su primo, no compartiría con él la misma sed de protagonismo político, aunque en sus contadas intervenciones explícitas en el devenir de los asuntos del gobierno florentino siempre se mostraría a favor del *popolo* e, incluso, en contra de los privilegios de la nobleza. En cambio, sí seguiría los pasos de su tío Vieri de Medici, un respetado banquero, con quien se formó en el oficio hasta llegar a desempeñarse como socio minoritario en una sucursal que establecieron juntos en Roma, en 1386. Tras el retiro profesional de Vieri, Giovanni le compró una parte de su negocio y fundó su propio banco en 1397. Para esto, tuvo que hacerse cargo de algunas deudas de su tío y sacrificar 860 florines de su propio bolsillo. No fue en vano: esta apuesta fue el primer paso hacia la construcción de una de las instituciones financieras más célebres de todos los tiempos.

Sin desmerecer el talento de Giovanni y sus predecesores para lograr semejante hazaña, no hay que pasar por alto que, en la época del ascenso de los Medici, el norte de Italia era el corazón financiero de Europa: dado que fue el primer lugar en desarrollar y ofrecer instrumentos revolucionarios como el depósito bancario, la letra de cambio, el cheque y la carta de crédito, su monopolio de la banca en Occidente era casi total. Además, sentó las bases para la mayoría de las instituciones comerciales de hoy, ya que los banqueros italianos no

solo crearon la sociedad en comandita, sino que también desarrollaron medios para gestionar empresas con sucursales en tierras extranjeras, superando así la desventaja de la distancia mediante formas de control remoto (De Roover, 1963).

La Iglesia católica era sin dudas el mejor cliente de estas organizaciones. Desde el colapso del Imperio romano de Occidente en el siglo v, el papado se había convertido en una fuerza unificadora de Europa. Especialmente durante la Edad Media y el Renacimiento, en un continente dividido por conflictos políticos y sociales, ejerció un poder político incuestionable, como lo demuestra el hecho de que fuese el jefe de la Iglesia quien coronara a los monarcas de los distintos Estados. Los papas eran, además de líderes espirituales, interventores clave en asuntos diplomáticos. En la cumbre de su apogeo, incluso fueron capaces de convocar a miles de fieles de todo el continente para participar en las Cruzadas y arriesgar sus vidas en nombre del Dios cristiano.

La Iglesia era, asimismo, una potencia económica trascendental. Entre sus principales actividades, alquilaba o explotaba sus extensas propiedades de tierras, cobraba impuestos, recibía limosnas y vendía indulgencias. De ahí que, como única autoridad que recaudaba ingresos en muchos países, se viera obligada a recurrir a banqueros con alcance internacional que transfirieran los fondos a donde se necesitaran. Por eso, la capacidad de la banca italiana para ramificarse mucho más allá de sus fronteras le brindaba a la curia un servicio inigualable.

Después de la Iglesia, los mayores clientes eran figuras políticas que ocupaban posiciones prominentes. Príncipes, condes y otros miembros de la nobleza buscaban colocar fondos en una cuenta secreta con banqueros internacionales, con el objetivo de tener alguna inversión que estuviera a salvo de confiscación en caso de caer en desgracia y tener que huir de su país. No podían ocultar sus propiedades

inmobiliarias, pero sí sus cuentas en una casa bancaria internacional, que además podían poner a salvo en otro lugar con un simple trazo de pluma: con una transferencia de libro de dos líneas y una carta de aviso era suficiente (De Roover, 1963).

En este contexto nació y se expandió el Banco Medici. Giovanni supo hacerlo crecer gracias a su característico buen juicio; sin embargo, no fue hasta que se impuso por sobre familias competidoras como los Pazzi y los Strozzi, en transformarse en banquero jefe papal, que su empresa se embarcó a convertirse en imperio. Quien le encomendó manejar las cuentas de la Iglesia fue nada menos que Juan XXIII, el “antipapa” que rigió de 1410 a 1415.

Era una amistad improbable y hasta temeraria para un banquero tan serio y cauto como Giovanni, porque Juan XXIII era nada menos que Baldassare Cossa, un expirata de origen napolitano que, aun cuando se dispuso a perseguir una carrera eclesial, nunca renunció a sus viejos hábitos de filibustero. En palabras del historiador Johann Peter Kirsch (1910), Cossa era “por completo mundano, ambicioso, sin escrúpulos e inmoral, un buen soldado, pero no un eclesiástico”. Sin embargo, es innegable que supo aprovechar el contexto y hacerse su camino hasta la cima con astucia.

La Iglesia sufría, desde 1378, una crisis sin precedentes, conocida como el Cisma de Occidente, en la que distintas facciones eclesiásticas se enfrentaban por el poder. Esta lamentable situación duró casi cuarenta años y fraccionó la ya débil estructura que mantenía a Europa unida. En 1409, con un papa en Aviñón (Benedicto XIII) disputando el liderazgo con un papa en Roma (Gregorio XII), y en un intento de poner fin al conflicto, un concilio reunido en Pisa depuso a ambos papas y eligió uno nuevo, Alejandro V, el favorito de Cossa. Ni Benedicto XIII ni Gregorio XII aceptaron esta resolución. La tensión

aumentó cuando Alejandro V murió apenas diez meses después de su nombramiento y lo sucedió, precisamente, Baldassare Cossa (a pesar de las sospechas de que él lo habría envenenado), convirtiéndose en el “antipapa” Juan XXIII. El término “antipapa” no refiere a que se opusiera de ninguna manera a la doctrina de la fe cristiana, sino que así se denomina a cualquier persona que haya intentado reclamar de manera ilegítima el cargo de jefe de la Iglesia; de hecho, tanto Alejandro V como Gregorio XII y Benedicto XIII son considerados “antipapas”, y no fueron los únicos en la larga historia de la Iglesia.

Sin dudas, Juan XXIII fue un hábil estratega para manipular al Colegio Cardenalicio, pero, para asegurarse una mayoría a su favor, el Banco Medici lo apoyó con un recurso crucial: el dinero. Ya sentado en el trono de Pedro, los Medici también fueron sus principales patrocinadores durante la guerra del papa con el rey Ladislao de Nápoles y, cuando hicieron las paces, en junio de 1412, fue la familia de Giovanni la que consiguió reunir los 95.000 florines que el tratado estipulaba que Juan XXIII debía pagarle al monarca italiano.

Por sus invaluable colaboraciones, los Medici fueron ampliamente recompensados: gracias a que su firma se convirtió en la responsable de recaudar y distribuir los ingresos de la Iglesia, la sucursal del banco destinada a atender los lucrativos asuntos de la curia llegó a producir más de la mitad del total de los ingresos del banco (que para entonces ya también tenía sedes en Florencia, Nápoles y Venecia), por lo que era, asimismo, la más rentable en relación con el capital invertido, con un rendimiento superior al treinta por ciento (De Roover, 1963). Además, como depositarios de la Cámara Apostólica, los Medici no solo manejaban fondos para el tesoro papal, sino que también atraían el negocio financiero de cardenales y preladados que residían en la corte de Roma.

Quizás aliarse con Baldassare Cossa haya sido la estrategia más audaz en la vida de Giovanni, pero, por fortuna tanto para él como para sus descendientes, el riesgo asumido rindió unos frutos excepcionales.

EL BANQUERO Y SU DIOS

Giovanni di Bicci de Medici no había nacido ni rico ni noble. Cuando tenía 3 años, su padre murió y dejó lo poco que tenía para repartir entre él, su madre y sus hermanos. Así y todo, antes de cumplir los 30, ya era dueño de su propio banco y se había asegurado un ascenso social considerable al casarse con la joven noble Piccarda Bueri. Indudablemente, se trató de un hombre que labró su éxito desde abajo, un logro del que la mayoría de las personas querrían jactarse con orgullo.

Sin embargo, si nos hubiésemos cruzado con Giovanni por las calles de Florencia, es posible que no nos hubiéramos dado cuenta de cuán bien le iba en la vida: jamás se vestía con ostentación y evitaba llamar la atención sobre sí mismo. Por este tipo de comportamiento, era popular entre buena parte del pueblo florentino. Pero ¿sus peculiares costumbres respondían a una genuina identificación con la gente “común y corriente”? ¿O era todo parte de una pantomima de modestia fríamente calculada para ganarse el favor de las masas (y, sobre todo, no suscitar la envidia de otras familias privilegiadas que estarían dispuestas a destruirlo si tomaban plena conciencia de su poder *in crescendo*)?

La respuesta justa, como suele suceder, seguramente se encuentra en un punto medio entre ambos extremos. A partir de documentos históricos como reportes financieros, cartas personales y recuerdos de la familia registrados por los descendientes de Giovanni, podemos arriesgar qué pasaba en lo profundo de su alma. Según el diplomático alemán Alfred von Reumont (1876), un estudioso del Renacimiento italiano,

Giovanni, a punto de morir, llamó a sus hijos, Cosimo y Lorenzo, y se despidió con estas palabras:

No hagan nada en contra del deseo del pueblo y, si desean lo que no deberían, procuren persuadirlo de ello con amables argumentos en lugar de dictados arrogantes. No conviertan la casa del gobierno en su taller de trabajo, sino esperen a ser llamados a ella y luego muéstrense obedientes y eviten palabras grandilocuentes. Esfuércense por mantener al pueblo en paz y cuidar bien los lugares fuertes. No se involucren en complicaciones legales, pues aquel que obstaculice la ley perecerá por ella. No llamen la atención pública sobre ustedes mismos, y manténganse libres de mancha, como yo los dejo.

Un cronista florentino de la época, Giovanni Cavalcanti (1838-39), lo describió así:

Su sentido del humor era mayor de lo que cualquiera hubiera imaginado a partir de su expresión melancólica. En sus transacciones comerciales, era directo, aunque no exactamente elocuente, ya que la naturaleza no lo había dotado de los encantos del habla. Sin embargo, en público siempre estaba listo con un buen argumento y consejos sólidos. Nadie hablaba mal de él (...). Decía que los malvados existían para su propia desgracia y los buenos por la gracia y la providencia de Dios. Nunca se quejaba de otros ciudadanos ni ellos de él. Los pobres despertaban su compasión y los ricos disfrutaban de su amistad y apoyo. Luchaba contra la miseria y promovía la felicidad de la humanidad cuando podía hacerlo sin dañar a la República. Sus manos estaban limpias y a menudo descuidaba sus propios intereses en servicio de los demás. También solía pedir favores al gobierno para

otros, nunca para sí mismo. Sin embargo, cuantas menos pretensiones tenía, más responsabilidades estatales recaían sobre él.

Giovanni ascendió lentamente por la escalera política y posiblemente era una excepción a la regla: un político poco ambicioso (Denton, 2021). Es que, a diferencia del banquero Niccolò da Uzzano y muchos otros de sus contemporáneos, Giovanni permaneció deliberadamente al margen de cualquier cargo como funcionario hasta 1402, y no fue hasta 1407 que ocupó su primer puesto significativo, como gobernador de la ciudad de Pistoia. Rondaba ya los 50 años.

El mismísimo Nicolás Maquiavelo llegó a elogiarlo, valorando su prudencia y diplomacia, y destacando su habilidad para mantener el favor popular y buenas relaciones con los ciudadanos comunes. “No pidió ningún honor, sin embargo, los recibió todos”, aseveró en *Historias florentinas*, un ensayo de ocho libros de extensión que escribió entre 1520 y 1525, nada menos que por encargo de Giulio de Medici, bisnieto de Giovanni, quien se convertiría en el papa Clemente VII.

Más allá de sus atributos personales dignos de ser destacados, Giovanni era también un hijo de su época. Por ejemplo, era una antigua tradición entre las familias florentinas acomodadas controlar o gestionar una tienda de lana o seda (ambas producciones eran las principales industrias de la ciudad) para proporcionar trabajo a los más necesitados (De Roover, 1963). De ahí que los Medici invirtieran en negocios mucho menos rentables que la banca, pero radicalmente más significativos para el bolsillo de la clase baja; durante muchos años, controlaron tres establecimientos, dos tiendas de lana y una de seda.

La vocación personal de Giovanni por ponerse del lado del pueblo se manifestó de manera más explícita en los últimos años de su vida, en un acto político inusual para su bajo perfil, cuando usó su influencia

en el gobierno florentino para eliminar el injusto y opresivo impuesto de capitación. Giovanni propuso reemplazar ese sistema, que solo beneficiaba a los más ricos (porque obligaba a todos los ciudadanos a pagar el mismo tributo, sin importar sus ingresos), por el catastro, un impuesto a la propiedad que obligaría a la nobleza y a los más acomodados a aportar de manera proporcional a su riqueza. Cuando los conservadores intentaron imponer otro proyecto de ley que solo contemplaba sus intereses, Giovanni le respondió a uno de los líderes del bloque, Rinaldo degli Albizzi, diciéndole que su padre, Maso degli Albizzi, nunca hubiera tolerado un plan “para privar al pueblo de sus derechos”. Finalmente, la reforma fiscal de Giovanni se impuso y esto no hizo más que aumentar la popularidad de los Medici entre las clases media y baja.

Pero ninguna vocación social suya fue más fuerte que su acato a la doctrina cristiana, que ejerció un impacto contundente en su vida y, sobre todo, en las ideas que tenía sobre su propia muerte. La Iglesia era mucho más que “solo” una institución política y económica dominante: cumplía además un papel central en la configuración de las sociedades y en la vida cotidiana de las personas. Desde las celebraciones religiosas que marcaban los hitos del calendario o las disciplinas que se incluían en los currículos de las escuelas, hasta cómo debían comportarse los hombres de bien con sus esposas, hijos, sirvientes y vecinos: todo esto y mucho más se decretaba en concilios y era reforzado por cada clérigo en sus sermones. Y, en el caso específico de los fieles que se desempeñaban como banqueros, la Iglesia les advertía de un peligro mortal para sus almas.

Sucede que, según su interpretación de las Sagradas Escrituras, la usura era un pecado gravísimo. “Si prestas dinero a uno de mi pueblo que es pobre, no actúes como un prestamista; no le impongas intereses”, dice el Antiguo Testamento (Éxodo 22:25), y en el Nuevo, Jesús advierte:

“Pero amen a sus enemigos, hagan bien y presten sin esperar nada a cambio” (Lucas 6:35). Por pasajes como estos, la usura no solo estaba prohibida, sino que era motivo para negar los sacramentos y hasta un entierro cristiano a quien incurriera en ella. La amenaza era tan intensa que el propio Dante Alighieri, en *La divina comedia*, colocó a los usureiros en el séptimo círculo del infierno, en un desierto ardiente, junto con sodomitas y blasfemos.

No obstante, hecha la ley, hecha la trampa. El más notorio (y lucrativo) resquicio para burlar la ley divina era el “intercambio en seco”, que básicamente consistía en que, en lugar de cobrar intereses directamente sobre un préstamo, se realizaba un intercambio ficticio de moneda entre dos partes, donde una parte prestaba cierta cantidad de dinero y la otra parte devolvía una cantidad ligeramente mayor en una moneda diferente, evitando así caer en la usura explícita. Sobre este ingenioso *cambium et recambium*, el autor Tim Parks (2005) escribe:

La usura era abominable, pero la gente necesitaba préstamos y los banqueros una devolución por dárselos. El complejo sistema de diferentes tipos de cambio (...) proporcionaba un territorio ambiguo que mantenía el comercio en movimiento y a muchos en un estado constante de ansiedad sobre el destino de sus almas eternas.

Hoy podrá parecer extraño, pero los banqueros de hace seiscientos años se tomaban la usura muy en serio y temían por su destino después de la muerte. Giovanni di Bicci de Medici no fue la excepción. Se dice que su biblioteca personal consistía solo en tres libros, todos ellos textos devocionales. En una ocasión, pidió al papa consejo espiritual sobre deudas con acreedores no identificables o fallecidos, y la respuesta que recibió fue que podía expiarlas contribuyendo con

350 florines para el mantenimiento de iglesias en Roma (Denton, 2021). Giovanni siguió al pie de la letra la sugerencia del sumo pontífice, se embarcó en un mecenazgo expiatorio que sus hijos no solo continuarían, sino que profundizarían y consolidarían hasta convertirlo en una “marca registrada” de los Medici (aunque, vale la pena adelantar, tendrían otras razones para hacerlo, como demostrar un determinado estatus social, consolidar su relevancia política o, lisa y llanamente, por narcisismo y megalomanía).

Alrededor de los 60 años, Giovanni parecía no estar ya preocupado por la política ni por las ganancias de su banco y, quizás, ni siquiera por su reputación, sino tan solo por su alma inmortal. Es muy probable que, como muchos otros florentinos, él también haya visitado algún día la Santa María Novella para poder ver con sus propios ojos la *Trinidad* de Masaccio, esa obra de arte magistral y revolucionaria de la cual hablaban todos, y se haya sentido conmovido por la frase inscrita en el sarcófago: “Yo fui ya lo que vosotros sois, y lo que yo soy vosotros también seréis”. La muerte llega para todos, pero a cada alma Dios le tiene guardado un destino particular. ¿Sería él, su banquero en la Tierra, digno de entrar al paraíso celestial?

Giovanni di Bicci de Medici falleció el 20 de febrero de 1429, probablemente debido a la gota, a punto de cumplir los 70 años. No dejó testamento, pero, según su bisnieto Lorenzo el Magnífico, dejó un patrimonio de aproximadamente 180.000 florines (Fabroni, 1874), lo cual, de acuerdo con los registros de impuestos de esos años, lo convertía en el hombre más rico de Florencia. Lo que sí dejó por escrito fueron las instrucciones finales para su entierro: pedía que colocaran su cuerpo bajo la antigua sacristía de la Basílica de San Lorenzo, que él mismo había encargado nada menos que a Brunelleschi, para que funcionara como mausoleo familiar.

Aunque muchas personas cristianas en posición de hacerlo dejaban algún tipo de donación a la Iglesia para intentar asegurar el bienestar de su alma, la petición de Giovanni fue inusual. El historiador de arte Paul Davies (2019) escribe:

La idea de que (la antigua sacristía) era un tesoro que albergaba la colección de reliquias de la iglesia nos ayuda a entender por qué fue una opción tan acertada para Giovanni. Fue enterrado no solo cerca de los santos, sino en una posición ad sanctos, equivalente a la posición principal frente al altar mayor de la iglesia. De hecho, debe haber visto la antigua sacristía como de un mayor beneficio potencial para su alma. Ser enterrado frente a toda una colección de reliquias habría parecido mucho más ventajoso que ser enterrado frente a solo una o dos en el altar mayor. Además, como se creía ampliamente que los santos eran más poderosos cuando trabajaban en conjunto, Giovanni podría haberse imaginado aún más bendecido”.

El patriarca de los Medici fue llevado a San Lorenzo en un féretro abierto, acompañado por sus dos hijos, Cosimo y Lorenzo, casi treinta miembros de la familia, el embajador de Venecia, el rey Segismundo de Luxemburgo (quien, pocos años más tarde, sería coronado emperador del Sacro Imperio Romano) y una gran procesión de florentinos, entre magistrados, ciudadanos ilustres y el *popolo* que tanto se esmeró por tener a su favor.

Nunca sabremos con qué destino se encontró el alma de Giovanni luego de su muerte, si es que hay algo más allá de esta existencia. Pero sí tenemos la absoluta certeza de que dejó, acá en la Tierra, el camino allanado para que sus sucesores en el Banco Medici se convirtieran en una de las dinastías más importantes de la historia.